

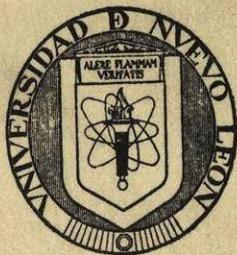
HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS

22



FONDO UNIVERSITARIO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

1981

como se ha puesto la cosa, tomar por sistema contestar siempre, y dar cien palos por uno ... a los criticantes".⁴

Recordando la campaña llevada a cabo por Alas, Salvador Canals declara: "El efecto que en Clarín produjo esta derrota fue profundo ... y ruidoso. En no sé cuántos periódicos puso cátedra, mejor diría ... *ventana de vecindad* para maldecir al público y abominar de los críticos. No fue mal servido en la réplica, ni le faltaron tampoco —es de justicia confesarlo— algunos padrinos, inéditos hasta entonces ...".⁵ El resultado fue una larga y agresiva polémica en *El Imparcial*, el *Heraldo de Madrid*, *La Publicidad*, *Madrid Cómico*, y otros periódicos. Predominan la crítica menuda y los folletos de carácter personal, y se echan de menos las voces autorizadas de Valera, Menéndez Pelayo, Echegaray, Yxart, o el mismo Galdós, que por razones obvias decidieron no meter baza en el asunto.

No faltó quien tratara de justificar el "desdichado engendro" diciendo que el público elegante que había asistido al estreno de *Teresa* no era el más a propósito para comprender el cuadro de miseria que Alas presentaba en su obra. Pero los únicos defensores de *Teresa* parecen haber sido el joven Azorín y el uruguayo Juan Torrendell en una fogosa apología, ambos escritos pertenecientes a la "segunda etapa" de la polémica.⁶

A continuación ofrecemos una defensa olvidada del drama, escrita en forma de "carta abierta" a Leopoldo Alas el 21 de abril de 1895 por un tal Luis Alberto, y publicada en el Vol. III, No. 98 de *La Gran Vía* (12-V-1895), página 314. Esta revista semanal madrileña duró sólo tres años, del 2 de julio de 1893 al 14 de diciembre de 1895, y su director a la sazón era un admirador de Clarín, el poeta Salvador Rueda. El estilo inteligente de la carta y la fina sensibilidad del autor nos hacen sospechar que tras esta firma se oculta un amigo íntimo de Clarín y miembro conocido de la república de las letras:

Muy señor mío: Ni aun de vista conocía a V., hasta que *La Gran Vía* del 13 de enero del corriente año publicó su retrato. De modo que, dicho se está, jamás me he honrado con su amistad. Le admiraba, sí, en sus novelas y cuentos; y sobre todo, en los enérgicos y valientes artículos de crítica, llenos de una virilidad y de un fondo, que comprendo hicieran, y sigan haciendo mucho daño en las huestes de los escritores de menor cuantía.

⁴ ORTEGA, Soledad, *Cartas a Galdós* (Madrid, 1964), p. 276.

⁵ CANALS, Salvador, *El año teatral* (Madrid, 1896), pp. 101-102.

⁶ AZORÍN, "La *Teresa* de Clarín", en *La Farándula*, recogido en *Obras completas*, VII (Madrid, 1948), 163-168; y Juan Torrendell, *Clarín y su ensayo: Estudio crítico* (Barcelona, 1895), un folleto de 70 páginas.

Si a todo esto añado el que nadie me conoce en la llamada *república de las letras*; el que no tengo pretensión alguna de literato, y el que no visito escenarios, *saloncillos*, cafés ni círculo alguno o reunión donde se fragua el mortífero rayo de la crítica, se comprenderá que, libre de todo prejuicio y sin apasionamiento alguno, ocupara en el Teatro Español una butaca (que me costó el dinero) para presenciar el estreno de *Teresa*.

Y como sobre esta obra todos los críticos, periodistas, escritores, etc., etc., han emitido su opinión, permítame V. que un espectador vulgar, sencillo, que asiste a los estrenos por proporcionarse solaz y pasatiempo; por gozar, sintiendo en su alma la emoción estética, diga su leal parecer que, claro está, nada vale ni significa para el sublime *areópago* de la opinión pública, la cual, dicho sea de paso, se va estropeando un poquillo, y hasta parece que chochea algo, por sus peregrinas observaciones y por alguno que otro traspies que la hace zozobrar y hasta caerse.

Pero dejemos eso, que no quiero abusar de su paciencia, si por casualidad lee estos desaliñados párrafos, y paso a decirle lo que pensé de su *ensayo dramático*, al salir del teatro, la noche del beneficio de la Srita. Guerrero.

Lo primero que pensé fue en los hermosos pensamientos, en la castiza prosa, en los profundos conceptos que esmaltan y enriquecen la obra. ¡Esto es escribir, señor mío! ... ¡Eso es un lenguaje propio y levantado, señores críticos! ... Sin lirismos que oscurezcan la idea, sin abusar de comparaciones ni de metáforas, el diálogo brilla con los resplandores de la verdad, que irradian al choque de las situaciones del drama.

Deleitándome en estas bellezas, llegué a la escena VI, que me hizo levantar de la butaca, experimentando mi alma una profunda emoción. El que no se entusiasme en aquellos momentos, no debe pisar el Teatro Español, sino los circos ecuestres. Aquellas asechanzas de Fernando y aquella defensa de Teresa, que comprende lo que el señorito quiere, y que, sin embargo, pretende salir victoriosa, pero sin humillar al vencido, recordándole que ella *no se encerraba por las noches en su cuarto* fiada en la honradez de él; que la señora era pura y digna como una santa; que él, de seguro, no habría hecho nada en aquellos años por lo que tenga que avergonzarse... , etc., etc., son detalles tan humanos, tan naturales, tan propios en la boca de aquella antigua criada, que yo, extático y entusiasmado, no comprendía el silencio del público.

Desde este momento, la figura de Teresa es gigantesca; toma un relieve de primera magnitud y se hace interesante, adquiriendo un vigor dramático como pocas. Al presentarla sufriendo con resignación los bárbaros tratos de Roque cruel, borracho, vicioso; al devolverle caricias por violencias, dul-

zuras por insultos, cuidados de esposa solícita por injurias de marido salvaje, veía yo la lucha, el contraste de ciertas ideas que hace tiempo batallan en nuestra sociedad.

Sí (quizás esto V. ni lo pensara al escribir su obra); se me figuraba ver representadas en aquellas dos figuras al socialismo y al cristianismo. Al uno rechazando la limosna; diciendo que Jesucristo predicaba en las tabernas; quejándose de falta de justicia en este pícaro mundo, para el cual pide un nuevo *grisou*, como el que tantos estragos suele causar en el fondo de la mina; y al otro, en la mujer honrada, trabajadora, mártir, que cura las heridas del primero, que lo consuela y acaricia, y dice que aquella sangre es de los dos, y todo lo disculpa por el envenenado aguardiente que despachaba el Chinto. ¡Hermosa y purísima resignación, que V. pinta de un modo magistral, con la vista puesta, sin duda alguna, en horizontes muy elevados!

Quando la dura realidad se presenta de esta manera; cuando se dice al espectador, de un modo tácito, sí, pero con arte exquisito: "mira lo que pueden las ideas de una moral divina que sólo ella es capaz de dar fuerzas a esa infeliz mujer"; cuando se presentan en la escena esas miserias del turgurio y de la choza para enriquecerlas con los tesoros inmensos de un cariño que todo lo sufre y de un alma que lleva su cruz con paciencia; cuando se hace todo esto, el autor que eso concibe sólo debe merecer aplauso de las personas inteligentes; respeto, por lo menos, de las que, no comprendiendo aquello, sospechan que allí palpita algo extraordinario que choca y admira en esta época, donde sólo se rinde culto a los apetitos materiales, dejando que el espíritu se muera de hambre.

Nada de esto ha pasado, ¿qué le hemos de hacer? ¿Que al público de los lunes no le gustó su obra de V.? No hay que tomarlo en cuenta. A esa gente la basta y la sobra con leer las *Crónicas de Salones*. ¿Que el público en general rechazó su obra? Como si no; bien sabe V. que el sufragio universal está muy desacreditado hace mucho tiempo, pues por aclamación libertó a Barrabás con tal de condenar a Cristo.

Más, mucho más le diría; pero el temor de cansar a V. y a los lectores detiene mi pluma.

Queda admirándole, como siempre, su atento s.s., q.b.s.m.,

LUIS ALBERTO

Sección Tercera

HISTORIA

Dentro de nuestras fronteras, por seguir buscando las características que definen a México como región histórica, nos hemos hecho algunas reflexiones geográficas como tal, a través de los tiempos, desde la época de la colonización, que es cuando, sin lugar a dudas, empieza a delimitarse su caracterización geográfico-humana que le habrían de imprimir ese carácter regional tan definido.

Los historiadores, desde siempre, han encomendado sus esfuerzos para analizar los fenómenos históricos que afectan, en lo individual, a toda o a cada una de las porciones geográfico-políticas que han quedado comprendidas en nuestra región. Y estos esfuerzos se han ido especializando a medida que se acercan a nosotros en el tiempo, hasta el grado de que, en la actualidad, ya constituyen legión considerable quienes se interesan, en mayor o menor grado, por el pasado de nuestros respectivos grupos de países.

Solo que, dentro de estas últimas décadas, esto no ha sido considerado con mucha diligencia, la Geografía histórica como parte fundamental de los estudios sobre la materia. A pesar de que, desde tiempos de la historia universal, en los países europeos se han desarrollado los estudios de la geografía, incluyendo a sus efectos en la determinación que tiene la actitud del hombre en cada etapa histórica, como es natural.

Wigberto Jiménez Moreno me recuerda, en su *Historia de México*, que San Martín de Azpilcueta, en su *Tratado de Indias*, dice: "Qualquier número de república de los Indios, lo que se ha de hacer es un examen de las condiciones naturales. Para lo cual se ha de averiguar de

* Conferencia presentada por el autor en la Sala de Conferencias del Centro de Estudios Humanísticos, el día 23 de febrero de 1981.